

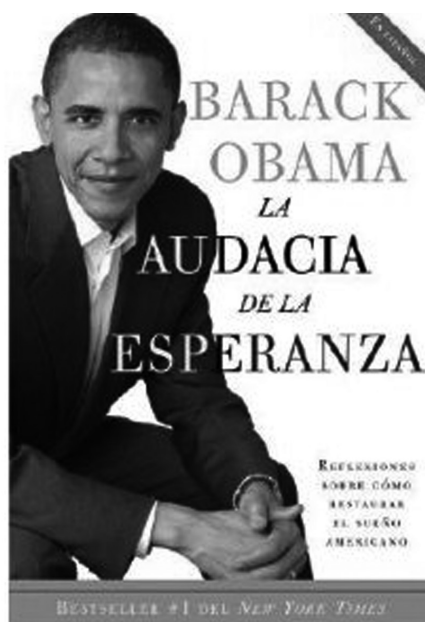
Obama y la tradición del optimismo racial: nuestras lecciones

Manuel Cuesta Morúa
Historiador y politólogo
La Habana, Cuba

Al leer *La Audacia de la Esperanza*, el excelente libro escrito por Barack Obama, actual presidente de los Estados Unidos, vuelven las remembranzas de esa literatura del optimismo racial que puebla la tradición negra en los Estados Unidos y vuelve también la fuerza siempre presente de que, allí, los negros deben y pueden llegar por las ideas.

No sólo es un libro bien escrito, sino bien estructurado, siguiendo la línea de lo que la cultura estadounidense, y la cultura negra en particular, considera entre lo más importante de una sociedad: los valores. Es a partir de los valores desde donde podemos hablar de una literatura del optimismo, como contraria a una del pesimismo. Desde el mismo título, *La Audacia de la Esperanza*, los tropos del texto no darán espacio a ninguna terminología ni narrativa que alimente, de antemano, las posibilidades de la derrota moral o espiritual.

Lo interesante de este texto es que el optimismo y la esperanza aparecen dentro de un terreno, la política, en el que siempre hay razones para el pesimismo, para la derrota de los más preciados anhelos y para el triunfo cínico



de la realidad. Y se trata de la audacia de la esperanza, no de la audacia de la utopía. Importante distinción para entender cómo y por qué las probabilidades de vivir esperanzado no niegan la realidad; gesto de negación obligado en las metáforas y narrativas utópicas.

La apertura de este libro de Obama no contradice el espíritu que enuncia su título. Al empezar por una visión sobre el conflicto real que enfrenta en los Estados Unidos a demócratas y a republicanos —conflicto a ratos encendido y siempre en la estela de las luchas por la hegemonía de uno u otros valores— Obama abre las fuentes posibles para nutrir las esperanzas que siempre han caracterizado al idealismo americano.

Y, hábilmente, de la descripción coyuntural o epocal de las pugnas políticas, puede pasar a una apertura de los valores que le dan texto, contexto y sustancia a un debate que, gestionado de otro modo, supondría la liquidación no tan solo de la esperanza, sino de los mismos valores que fundan un determinado modelo político. Lo que en otro sentido indica la importancia de la política como debate cultural, aún en sus aristas más punzantes. Obama nos viene a decir, o a recordar, que no hay buena política sin valores; lo que puede ser visto como una perogrullada si no la complementamos con esta otra posible conclusión desprendida de su texto: no hay valores sin política.

Valores y política conducen a la esperanza, pero desde el realismo: un realismo plural. Es por aquí por donde conecto *La Audacia de la Esperanza* con un texto como *Raíces*, del escritor también norteamericano, Alex Haley. Un vínculo interpretativo que puede parecer forzado si nos quedamos con la rudeza y crudeza descriptivas que el autor hace de la vida de los negros en un tramo largo de la historia estadounidense. Sin embargo, el optimismo y la esperanza subliminales dentro de un texto duro y a ratos desesperanzador, yacen en la sublimación del carácter, la religiosidad y la fuerza de los *spirituals* que se entonan en el Sur profundo y que condicionan, culturalmente, las luchas por los derechos civiles, que son otras tantas luchas del optimismo y de la esperanza.

Por ahí reaparece constantemente esa tradición. La encontramos en Dorothy Height, activista racial y autora de *Open Wide the Freedom Gates* (Abran del todo las puertas de la libertad) y en *I Have a Dream* (Tengo un sueño), el discurso, todo una buena pieza de literatura oratoria, de Martin Luther King Jr. Hablo, claro está, de optimismo ilustrado. Esa tradición de que la esperanza puede, tiene su correlato en la esperanza que se educa. Es interesante observar cómo —y comparativamente enriquecedor— la conciencia de la ascensión social de un grupo racial pasa por entender que la educación es la premisa básica de las opciones de una raza. *La Audacia de la Esperanza* no es solo el libro de un hombre ilustrado en sí mismo; es además el resultado de una cultura racial ilustrada en la idea de que para llegar es necesario educarse. Una idea-conciencia presente también en Cuba, que permite explicar por qué las antiguas escuelas normalistas de maestros estaban pobladas mayoritariamente de negras.

Ese itinerario del optimismo, que pasa por los valores y la educación, es guiado por una concepción socialmente integradora. La filosofía de la integración es el mejor resultado civilizatorio de los afrodescendientes en todas las Américas y particularmente en los Estados Unidos. Una doble integración: la del ciudadano en una república de iguales y la socio-cultural en unas sociedades plurales. Única manera de construir naciones en nuestro hemisferio.

La Audacia de la Esperanza es eso. Nada de discursos racistas de superioridad —cultural, racial o política— ni de sociedades excluyentes o culturas separadas. Distinción y especificidades culturales, desde luego. La diversidad es la riqueza, sería este un buen lema de la modernidad, pero no se predica la supremacía desde lo distinto o diferente, sino la integración en la cultura negra del optimis-

mo que tan bien representa la literatura de Obama.

Si una contribución esencial proporcionan aquel libro es retomar entonces a Martin Luther King, Jr. desde el poder que confiere la política de Estado. Alumbrando así el *tempo*, el tono, la epistemología y los acentos culturales de los afrodescendientes en un contexto político cultural formado por la diversidad racial y étnica. Si para mí hay un antes y un después de Obama, léible en cualquiera de sus dos libros más conocidos, *Sueños de mi Padre* y *La Audacia de la Esperanza*, es por las posibilidades abiertas de completar nuestras naciones desde una filosofía de la flexibilidad cultural que integre en repúblicas de ciudadanos a nuestras naciones incompletas al sur del Río Bravo.

Para mi sorpresa histórica y, siendo totalmente honesto, también ideológica, con *La Audacia de la Esperanza* los Estados Unidos se vuelven a colocar en la vanguardia cultural del mundo. Visto desde la perspectiva de Cuba hay lo que podríamos llamar en estos últimos 50 años, un retroceso en la literatura del optimismo racial. Es necesario hacer una arqueología de la literatura racial en Cuba, digo: de la literatura escrita por negros y negros. A excepción de Carlos Moore y Juan Benemelis, la narrativa racial cubana que conozco no es del optimismo, sino de la queja. De la poesía al ensayo no es visible una lírica que grite los sinsabores de la pertenencia racial y clame por una vindicación autoemancipada. Las que más se acercan a esta literatura del optimismo son, curiosamente, las ensayistas negras. Hay en los hombres todavía una relación culposa y emancipatoria que no vence el complejo de una revolución “socialista” criolla hecha para los negros y no por los negros.

Quizá esta preeminencia de la ensayística femenina se deba a la doble autoemancipación que se advierte en la mujer negra lúcida: la

que une la raza y la condición de mujer: una especie de doble plus dolor que permite contemplar, gritar y proponer, todo al mismo tiempo, rebelándose contra la dominación, tanto la cruda como la subliminal. Que en esta literatura del optimismo cubana se destaquen sólo dos hombres y mucho más mujeres es una ventaja. Combatir de manera completa la dominación criolla solo puede lograrse en Cuba desde la mujer.

Sería necesario buscar un continuo, con una útil arqueología literaria, para reestablecer las conexiones entre el antes, el ahora y el después que dé vigor histórico y sustancia cultural a ese discurso del optimismo que bien encuadra Carlos Moore en toda su obra. Un *no-va-más* a la discriminación pasa por la autopercepción racial. No la que se construye desde la academia, con sus mediaciones conceptuales, sino desde las historias de vida, la experiencia cotidiana, el ensayo problematizador, la poesía contestataria y la música.

El *hip hop* se instaló bien en esa narrativa del optimismo, pero sin la precedencia de la narrativa cultural. Esa conexión obligada es la que hace posible la autoemancipación racial y el arrinconamiento de los discursos políticos emancipatorios que legitiman como bueno y necesario la libertad traída por los otros. Eso no fue posible en los Estados Unidos porque un texto como *Raíces* no permitía el escamoteo presente en los discursos políticos de cierta izquierda norteamericana. Si Charles Dickens proporcionó combustible a Marx, *Raíces* desautorizó a Angela Davis. Pero en Cuba no es visible el texto que desautorice *La Historia Me Absolverá*. Pese a las diferencias culturales e históricas, Cuba y los Estados Unidos tienen, en términos raciales, el mismo dilema estructural: la autoemancipación como premisa para la integración desde la diferencia. Recuperar la narrativa del optimismo racial es todavía nuestro desafío.